

Cuando se tiene algo bueno, y por circunstancias de la vida se pierde, desaparece o simplemente pasa a un segundo plano por obra y gracia del inmisericorde factor tiempo, sólo queda la sombra de lo que aquello fue y nunca más volverá. Esa estela arrebatada por el implacable destino, perenne en la mente, presente en los sueños y viva en el alma, se llama recuerdo.

Los recuerdos pueden ser malos o buenos, positivos o negativos, destructivos o constructivos, pero al fin y al cabo son eso, recuerdos. El ser humano, que por naturaleza creo que es siempre práctico y positivo —salvo excepciones, la mayoría de las veces siempre justificadas y comprensibles—, tiende a recordar aquellos pasajes de su vida que por una razón u otra han influido positivamente en él, lo que equivale a decir que le han aportado la felicidad. No olvidemos que el hombre tiene como afán supremo de su existencia la búsqueda del bienestar, o en otras palabras, del status ideal, de la suprema dicha; algo, no nos engañemos, prácticamente inalcanzable, utopía suprema de las utopías absolutas.

Decía el maestro del cine, aragonés universal y español inmortal —orgullo del saber hispánico, creador único y ateo gracias a Dios— don Luis Buñuel, que él se calificaba como “buscador de lo

EL MARAVILLOSO MUNDO DE LOS RECUERDOS



JUAN BAUTISTA FISAC MARTÍN-POZUELO



El legendario director de cine español Luis Buñuel (1900-1983) se autocalificaba como “buscador de lo ideal”, lo cual no deja de ser una metáfora al anhelo de felicidad de cualquier ser humano.

ideal”, lo que equivale a expresar que su vida, como la de cualquier otro mortal, se cifraba en la búsqueda de esa tan ansiada felicidad.

Pero volviendo al sano, grato y liberador ejercicio de recordar, es curioso comprobar como en ocasiones lo que los hombres nos niegan por vileza, envidia o ganas de causar daño gratuito, nos lo regalan los sueños, y entonces el recuerdo tiene que ver más con lo onírico que con lo real. Eso demuestra que en más de una ocasión, la fina línea que separa lo existente de lo imaginario, es tan tenue como misteriosamente ambigua y mágica. A veces uno tiene la sensación de vivir algo que en realidad sólo ha soñado, y entonces la pregunta surge espontánea, ¿qué es la vida, realidad o sueño?. En la respuesta, los recuerdos juzgo que tienen un papel más que importante.

Cuando uno es joven recuerda su niñez, cuando la juventud se pierde se añora ésta, y cuando la vejez se apodera de todo tu ser, y te mina como la carcoma a la madera, se evocan con ansiedad ambas cosas.

La vida interior está llena de recuerdos; recuerdos que sólo acaban con la vida misma, pero recuerdos que en la mayoría de las veces te ayudan a ser un poco más feliz, a ver la vida con más alegría y optimismo, a evitar o afrontar depresiones y horas bajas, y a caer en la cuenta que nada, absolutamente nada, es casual en este puzzle a veces tan extraño, surrealista e incomprensible que es el paso por este peculiar e insólito mundo.

Es filosofía pura aquella frase que afirma que “Nada perfecto dura para siempre... Excepto en nuestros recuerdos”.

Es curioso comprobar como en ocasiones lo que los hombres nos niegan por vileza, envidia o ganas de causar daño gratuito, nos lo regalan los sueños, y entonces el recuerdo tiene que ver más con lo onírico que con lo real.



Clavileño
EL VINO DE DAIMIEL

